

La ciencia ¿para quién?

La Academia de Lyon (Francia) concede cada dos años un premio, instituido por Jean Thibaud, ex director del Instituto de Física nuclear de dicha ciudad, a «un joven físico... como recompensa por sus trabajos». El premio de este año lo han conseguido el alemán G. Ripka, Ingeniero del C.E.A., y J. M. Lévy-Leblond, profesor de la Facultad de Ciencias de París. Del discurso que pronunció este último con motivo de la entrega del premio, y cuyo texto completo ha sido publicado por la revista francesa «Les Temps Modernes», ofrecemos a nuestros lectores algunos extractos especialmente interesantes por su poder desmitificador.

El señor Lévy-Leblond comienza su discurso agradeciendo al que se le haya concedido el premio, porque va a permitirle profundizar en una serie de cuestiones relacionadas con su situación de investigador y exponer al mismo tiempo algunas de las conclusiones a que ha llegado.

«¿Por qué —se pregunta a continuación Lévy-Leblond—, por qué este premio? ¿Qué ha hecho? ¿Quién es el que ha considerado mi trabajo meritorio? ¿A quién sirve mi actividad científica? ¿Cuál es el papel de la ciencia en la sociedad? La respuesta tradicional a todas estas preguntas es la de que la ciencia desempeña un papel fundamental en la evolución de la sociedad, que es el motor esencial del progreso humano. El científico sería, pues, el agente esencial de la felicidad humana y la toma de conciencia de tal realidad le proporcionaría una intensa satisfacción personal».

Sin embargo, Lévy-Leblond cree que las cosas no son tan sencillas y que hay que mostrarse escéptico al respecto.

«Dos de las ramas más costosas, y al mismo tiempo más prestigiosas de la ciencia actual son, sin duda alguna, la física de las partículas de altas energías y la física espacial. Pero, ¿en qué han contribuido al progreso general? Cualquier físico de los que se dedican al estudio de las partículas de altas energías le dirá sin ambages que no habrá que esperar aplicación alguna de su campo de estudio... Mis propios trabajos, por los que se me ha recompensado hoy, ofrecen un ejemplo notorio de investigación "pura", es decir, gratuita y que no tienen más interés que el de excitar la curiosidad de una veintena de especialistas en el mundo. La mayor parte de los trabajos de investigación que se realizan actualmente tienen este carácter esotérico, y sólo resultan claros para algunos iniciados».

Lévy-Leblond reconoce que existen otros campos con gigantescas posibilidades de aplicación: «La medicina, la agronomía, por ejemplo, pueden solucionar los problemas del hambre y de la enfermedad, comunes a la mayor parte de la Humanidad. Pero —se queja a continuación— las estructuras sociales impiden la puesta en práctica de estas soluciones técnicas. No hay más que pensar en los hospitales saturados, los pingües beneficios de las industrias farmacéuticas, la falta de ayuda a la investigación médica —y no digamos ya de los países que acaban de escapar de las garras del colonialismo—. Y aunque los progresos de la técnica entrañan, en general, un aumento de la productividad industrial, ¿conocen ustedes algún caso en que éste haya tenido como consecuencia directa una mejora de las condiciones de vida de las masas populares? Hacen falta duras luchas sociales para impedir que las clases dirigentes utilicen en provecho propio exclusivamente las nuevas posibilidades que ofrece la ciencia moderna».

«Por ejemplo, la modernización técnica de las empresas se traduce muchas veces en despidos. Es verdad —añade Lévy-Leblond— que son cada vez más los que toman conciencia de esta situación, pero casi todos se refugian en una ética del conocimiento que tendría un valor en sí, es decir, en una especie de ciencia por la ciencia. Es el último recurso de todos aquellos que no se atreven a encarrarse con la realidad».

Sin embargo, Lévy-Leblond cree en la utilidad de la ciencia: «Sólo que no sirve para lo que pretende servir. La actividad científica, como cualquier otra actividad, no puede desligarse del conjunto del sistema social en que se practica. Como otras actividades, la científica tiene como principal objetivo asegurar la perpetuación de ese sistema».

«Por ejemplo, en el plano político, las potencias imperialistas se valen de

los recursos de la técnica moderna para conseguir un armamento que garantice su poder. Y es, en efecto, en el campo militar donde más aplicaciones ha encontrado la investigación científica en los últimos años. En el plano económico, la investigación fundamental está jugando un papel cada vez más importante en los presupuestos de los países capitalistas. El capitalismo moderno ha dado con un método bastante eficaz para tratar de remediar sus antiguas crisis cíclicas de "superproducción". La producción científica, como quiera que no da lugar a un consumo masivo, puede desempeñar el papel de regulador económico, al igual que lo la carrera de armamentos. Una prueba de ello la tenemos en las restricciones presupuestarias a la investigación en los periodos de recesión económica. Mientras que en épocas de prosperidad la investigación científica constituye una fabulosa fuente de ingresos para ciertas industrias, entre ellas la electrónica. Estos monopolios se embolsan, pues, discretamente, un dinero que el Estado ha sacado a los trabajadores».

Por último, Lévy-Leblond alude a algo que él considera crucial: el papel ideológico de la ciencia.

«Podemos decir que, después de la religión y las "humanidades" clásicas, es hoy en día la ciencia la que sustituye y estructura las formas de la ideología impuesta por la clase social en el poder, la burguesía».

«Los científicos eminentes, o pretendidamente tales, realizan una misión implícita de "public relations" del sistema. La ciencia sirve para justificar todo el aparato de la jerarquía social, procurándole criterios "objetivos"... Es fácil sustituir el latín por las matemáticas modernas como instrumento de selección social en la Segunda Enseñanza: los resultados son los mismos, pero el mecanismo resulta, al menos provisionalmente, menos evidente. El último servicio prestado por la cien-

cia a esta sociedad es esa puesta en escena de nuevos juegos circenses con los que se trata de distraer la atención de la gente de los problemas serios: ¿qué es si no esa carrera a la Luna, esos robots que hollan su polvo al precio de miles de millones de dólares que representan el sudor y la sangre de millones de hombres a los que se "echa" ese espectáculo como se echa el pienso a los animales?»

«A la luz de estas observaciones en torno al papel que desempeña realmente la ciencia, el investigador científico, el "sabio" se nos presenta como agente consciente o no de estos mecanismos de avasallamiento... Una carrera científica universitaria es hoy por hoy un trampolín muy cómodo para llegar a determinados puestos gubernamentales. ¿Y por qué no hablar de las múltiples ventajas materiales que proporcionan estas profesiones a los que las ejercen: un empleo estable y salarios bastante aceptables, además de una serie de viajes al extranjero gratuitos, beneficios anexos considerables (contratos con la industria, cargos de consejeros científicos) y... premios científicos nada desdeñables, como el que me acabáis de conceder? —añade irónicamente Lévy-Leblond. Y acto seguido se pregunta—: ¿Qué finalidad tienen estos premios científicos sino recompensar a todos aquellos que mejor han cumplido el papel que les ha asignado esta sociedad: propagar la idea de una ciencia políticamente neutral y socialmente progresista, aceptar y amplificar la ideología de "élite" y de competencia, y ayudar a la clase dirigente a camuflar los mecanismos de explotación y de opresión, que son los fundamentos de esta sociedad? Pero —termina el señor Lévy-Leblond—, como todo sistema de selección, el mecanismo de elección de galardonados también tiene sus fallos, y esta vez el importe de un premio ayudará a quienes tratan de construir una sociedad sin explotación, sin jerarquías y sin premios».

